

---

## Alaíde Foppa

Elena Poniatowska

—¿Me dará tiempo de escribirlo?

En su cama, a su lado, no hay un hombre. El sitio lo ocupan tres libros, unas cartas abiertas y extendidas, los anteojos, el periódico de ayer, una pila de hojas en blanco, una pluma, unos tres o cuatro cartones de invitaciones que se asoman fuera de sus sobres, la agenda, la libreta de teléfonos y el propio teléfono con su cable largo. Anoche, cuando la ganó el sueño, así durmieron con ella sus mudos acompañantes. Hoy a las ocho de la mañana, Alaíde vuelve a palparlos con la mano. Se cala los anteojos, busca la pluma atómica, las hojas en blanco. Un poema, quiere escribir un poema.

Un poema late desde la madrugada en sus sienes, lo ha de haber concebido en la duermevela, en esa hora en que no se sabe si se sueña o se piensa dormido. “Tengo que escribirlo.” Se pasa la mano por el cabello chino. “Tengo que escribirlo.” Luego se ordena mentalmente: “Voy a ser razonable. Primero voy a consultar mi agenda.” Abre la agenda gruesa, muy gastada, abultadísima de boletas del gas, del teléfono, cartoncitos crema y verde de los pagos de la luz, notas de remisión y busca el día de hoy, negro de compromisos. “Ay, a las nueve tengo que estar en la Universidad porque vamos a reunirnos los maestros.” Automáticamente toca el timbre para que Esperanza le suba el desayuno.

Alaíde Foppa de Solórzano le pide a Esperanza, su sirvienta, que jale las cortinas de su recámara, las abra aún más, mientras ésta pone la charola del desayuno sobre sus piernas.

—¿Por qué no entra más luz?

—El jardín está oscuro, señora.

El jardín de Alaíde siempre ha sido un jardín de sombra. En torno a los árboles, la hierba escasea. Entonces, se ve la tierra negra.

—Tengo mucha prisa. Sería bueno que abriera usted las llaves del agua de la tina para el baño, Esperanza.

Desde la recámara se oye el chorro del agua caliente.

—Qué cantidad de citas tengo hoy, no sé cómo voy a poder...

—Hace usted demasiadas cosas, señora, siempre tiene usted mucho que hacer... Dice el señor que no para...

Alaíde ordena la comida.

—Tengo que recoger a Luis en la escuela, me lo pidió Laura porque hoy tiene ensayo con Gloria Contreras para su función de baile en la Universidad. No olvide comprar los bollos esos con ajonjolí de La Baguette, Esperanza, son los que más le gustan al señor, tome usted el dinero en mi bolsa, tenemos cuatro invitados a comer, son pocos, no se queje, voy a pasar al banco, recoja usted la ropa de la tintorería, ¿puede hacerme ese favor? no es mucha. No tengo tiempo de ir yo. ¡Ay Esperanza, no sé qué haría sin usted! ¿Qué feo día!, ¿qué me pondré? Algo caliente, el traje gris oxford, la blusa verde, y los zapatos cafés, los cómodos, siempre tengo que caminar mucho desde el estacionamiento hasta la Facultad de Filosofía...

Sobre la silla yace el vestido de noche rosa de muchos botoncitos que llevó a la Embajada de Italia, las zapatillas doradas, las medias lacias, la ropa interior, todavía un poco abultadita como si recordara que contuvo un cuerpo. La recámara huele a Alaíde, tiene su perfume.

¡Qué extraño nombre!, Alaíde, no es Adelaida, es Alaíde, de Guatemala no, no es indígena, será una abreviatura, no es italiano, será árabe, de dónde vendrá, Alaíde Foppa, parece un nombre antiguo para una criatura antigua. Alaíde, sin embargo, es moderna y vive en México en la ciudad más antigua del nuevo mundo, la más poblada, una ciudad que la atosiga, qué lento el tráfico, se calienta siempre el motor del coche, ¿cuánto tendrá de gasolina, un cuarto de tanque? No puede quedarse varada en el viaducto como la semana pasada, ni tomar el periférico en sentido contrario como se lo reprochan sus hijos llamándola "despistada", "lunática", tiene que cambiarle la llanta delantera para ir el fin de semana a la finca en Milpa Alta de los Giménez Cacho, le dijeron en el taller que no saliera a carretera con dos llantas lisas, qué lata, "creo que me va a dar gripa, no tengo tiempo para la gripa, no puedo darme el lujo de enfermarme", hoy también es su programa de radio: *Foro de la mujer* en Radio Universidad. ¿El poema? ¿Dónde quedó el poema? Alaíde en la tina se consuela. "Hay tantos buenos poemas sobre la manzana, ¿para qué un poema más? Es muy presuntuoso de mi parte." Ni siquiera recuerda cuando escribió el último: "El corazón."

Dicen que es del tamaño  
de mi puño cerrado.  
Pequeño, entonces,  
pero basta  
para poner en marcha  
todo esto.  
Es un obrero  
que trabaja bien,  
aunque anhele el descanso,  
y es un prisionero  
que espera vagamente  
escaparse.

La casa siempre está llena. La vida social es muy intensa. Primero, son las fiestas infantiles de piñatas y magos, después las *tocadas* de adolescentes, las *lunadas* en el jardín, las fogatas que acicatean sus discusiones sentados en el suelo, los ceniceros colmados, las "cubas" que se renuevan, Julio el mayor, su guitarra y sus canciones de protesta, Mario y sus ideales, Laura y su pasión por el baile, Silvia que quiere ser doctora, Juan Pablo y su admiración por Mario; desde muy chicos, los cinco hijos participan en la vida de los adultos, en la mesa comentan la vida política, su futuro, la religión, ir o no a misa; en la casa no hay televisión, la plática en torno a la mesa la suple, también en la recámara de Alaíde donde se continúan las reflexiones, a la hora en que Alfonso el padre hace la siesta. Julio, el mayor, es muy extrovertido, lo cual facilita la comunicación. Laura, muy rebelde. Alaíde se recuesta en su cama, los pies sobre la colcha y escucha a sus hijos, de repente puede ser de una ternura increíble. Julio recuerda la lectura de unos poemas, su brazo en torno a los hombros de su madre; frente a las posiciones antirreligiosas a ultranza de sus hijos, Alaíde lee un *Salmo de Salomón* y los calla. Alaíde ha entablado un combate permanente contra el dogmatismo y las expresiones absolutistas; su postura los ayuda a matizar, pero lo que más los conmueve es que les lea poesía, abrazados. A los hijos les encanta conocer a los amigos de sus padres. Cada vez que viene alguien importante de Guatemala se queda en la casa de los Solórzano. Pablo Neruda, Miguel Angel Asturias, Dominique Eluard, con quien Alaíde traduce un hermoso libro al francés: *El libro vacío* de Josefina Vicens. A las reuniones asiste siempre alguien interesante, Mario Monteforte Toledo, Tito

Monterroso, Carlos Illescas, José Luis Balcárcel, Raquel Tibol, Julia Cardinale, Gutierre Tibón, José Luis Cuevas, Julieta y Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara, Margo Glantz, Luis Rius, Sergio Méndez Arceo, Arnold Belkin, Raúl Leyva, Demetrio Aguilera Malta, los pintores y hermanos Pedro y Rafael Coronel, Cristina Ruvalcaba, Jorge Hernández Campos, Horacio Labastida, Annunziata Rossi, María Pía Lamberti, poetas, dramaturgos, críticos de arte, personalidades de paso. También las comidas son dinámicas y estimulantes. En casa de los Solórzano el ambiente es fogoso, capitaneado por una mujer de cultura burguesa, muy elegante, hermosa, fina, con mucho don de gentes, mucho mundo. Alaíde nació en 1913 cuando su padre era cónsul en Barcelona y la cultura la trae en la sangre, ha vivido entre libros, entre pinturas, entre representaciones teatrales; se educó en España, en Suiza, en Francia, en Buenos Aires, en Bélgica y en Italia obtuvo su doctorado en filosofía y letras, en La Sorbona, en París, cuando Alfonso Solórzano era cónsul de Guatemala, quiso hacer una maestría pero con tres hijos pequeños, resultaba difícil y no pudo terminarla. Nadie comprende cómo Alaíde se da tiempo para abarcar los cuatro intereses de su vida; los cuatro pilares que la sostienen: la crítica de arte, el feminismo, la poesía (límpida, clara como ella misma) y la docencia y la vida académica. Por si esto fuera poco, Alaíde todavía se dedica a la traducción simultánea del italiano al español o vice versa para redondear su presupuesto. Porque la casa en la esquina de Hortensia y Camelia la sostienen dos profesionistas: Alfonso y Alaíde. Ambos viven de su trabajo. ¿Cómo le hace Alaíde para ser esposa, madre de cinco muchachos, ama de casa, darse tiempo para atender a fondo sus cuatro inquietudes personales? Es casi un milagro. La verdad es que ahora que los hijos han crecido, también ellos organizan reuniones, y si Alaíde dice que bueno, que vengan cuarenta, se sorprende y se molesta un poco cuando aparecen doscientos. A pesar de su protesta, participa en la fiesta y llega un momento en que no hay distinción entre los amigos de sus hijos y ella. Julio, el mayor, trabaja en el Museo de Antropología y es ayudante de Siqueiros, sus compañeros del taller se acercan a Alaíde-crítica-de-arte, lo mismo los jóvenes estudiantes de sociología en la UNAM que estudian con Juan Pablo buscan a Alaíde po-lí-glo-ta y ca-te-drá-ti-ca. Las compañeras de medicina de Silvia, las compañeras de Laura, la bailarina, su maestra Gloria Contreras, todos acuden a la casa de Alaíde, a su espléndida mesa, a su calidad humana. Alaíde, cordial, tiene una capacidad real de hacer amis-

tad con gente muchísimo más joven que ella. Y si no, que lo diga Marta Lamas. Les cuenta que ha vivido en 58 casas en su vida, que conoce el desarraigo terrible de los trashumantes, que Guatemala es su país y quisiera regresar, frontera con frontera, que doña Julia Falla, su madre, la espera cada año. A México, Alaíde Foppa le ha dado miles de críticas de arte, prólogos, un libro de sus conversaciones con Cuevas, poemas, ¡ay poemas! ¡ay la poesía! Y ahora *fem*, la revista feminista que absorbe casi todo su tiempo.

—Una poesía  
nació esta mañana  
en el aire claro.  
Estaba distraída,  
se me fue de la mano.

El crecimiento de sus hijos la lleva a un mundo político de absoluta entrega, muy rico, muy pleno, vehemente que la complementa y la entusiasma. Sus hijos sueñan con una Guatemala libre y quieren luchar por ella. La Universidad es un semillero de ideas y de ideales, de romanticismo y de entrega. De la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la cátedra de sociología de la UNAM, algunos se han ido a la guerrilla. Los privilegiados Mario, Juan Pablo y Silvia se internan en Guatemala. Mario primero funda un periódico: *El Diario de Guatemala* y cuando lo ametrallan decide irse a la clandestinidad. Juan Pablo de 27 años es todo pasión. Silvia, que siempre fue una niña generosa, se recibe en la Facultad de Medicina de la UNAM, y dedica sus conocimientos a los campesinos y a los pobres de Guatemala para optar finalmente por la guerrilla. Julio sale becado a Moscú a la Universidad Lomonosov. Curiosamente, si la politización de los hijos viene de su padre, Alfonso Solórzano, comunista, la de Alaíde proviene de sus hijos.

Un destino puede cumplirse en unos cuantos días, una vida adquirir un sentido nuevo en menos de una semana.

El día 19 de diciembre de 1980, después de buscarla en todos los hospitales y puestos policíacos, doña Julia Falla, afligidísima, le habla a Laura desde Guatemala, para decirle que nadie sabe dónde está su madre, Alaíde, ni el chofer Actún Shiroy que la llevó de compras. Doña Julia

tiene razón al atormentarse. En los últimos meses han pasado muchas cosas. Primero murió Juan Pablo, el menor de los Solórzano, en Guatemala en un enfrentamiento con el ejército —nadie sabe dónde quedó su cadáver—, después Alfonso Solórzano, muy afectado por la muerte del hijo, resultó trágicamente atropellado al atravesar la Avenida Insurgentes frente al cine de Las Américas. A Alaíde, estas dos muertes la han cambiado mucho. Vendió la casa de la calle de Hortensias en la colonia Florida, repartió sus muebles y se ha mudado a un departamento minúsculo. Esperanza, la leal, la visitará una vez a la semana para hacer lo más indispensable. Alaíde, de hecho, ya no necesita nada. Empieza una nueva vida. Está decidida a participar mucho más activamente en la lucha que libra Guatemala. El suyo es un compromiso. Surge del dolor, del sufrimiento, de la conciencia. Desde hace tiempo es una activista en AIMUR (Agrupación Internacional de Mujeres contra la Represión) y en Amnistía Internacional, además de su cátedra de sociología de la mujer en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM que ella misma creó y su ser maestra de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras. En su programa de Radio Universidad *Foro de la Mujer*, las indígenas mayas quichés entrevistadas protestan por el saqueo del actual gobierno, cuentan cómo los militares las persiguen y las torturan y cómo muchos campesinos se han refugiado en la sierra a pelear. Dos días más tarde, Alaíde sale a visitar a su madre, doña Julia Falla, terrateniente guatemalteca, propietaria de fincas cafetaleras, mujer culta, preparada, fuerte, quien ama a la música y ha sido concertista toda su vida. Alaíde no sabe realmente lo que es el peligro. Tampoco le teme. ¿Cómo se va a temer lo que no se conoce? Además a una madre no le puede suceder nada peor que la muerte de su hijo. Laura la despide en el aeropuerto. “Este año de 1980 ya no nos puede suceder nada malo; ya todo lo que tenía que pasar pasó.”

Un lento silencio  
viene desde lejos  
y lentamente  
me penetra.  
Cuando me habite  
del todo,  
cuando callen  
las otras voces

cuando yo sea sólo  
una isla silenciosa tal vez escuche  
la palabra esperada.

En agosto de 1980 (Alfonso murió el 19 de agosto de 1980) Alaíde viajó a Guatemala a llevar las cenizas de su esposo; ahora viaja sola para estar al lado de su madre. Cada año la visita. Hoy las noticias serán muy duras; la muerte de Juan Pablo, pero hay una buena; la de la hija de Silvia, una niña nacida en la clandestinidad. ¡Ojalá y pudiera traerse a la criatura a México, ojalá! Alaíde es fuerte, nadie le daría jamás sesenta y siete años, no los representa. Está muy orgullosa de sus hijos, muy orgullosa de ser la madre de un guerrillero, muy orgullosa de Mario, el periodista, probablemente el más brillante, el más inteligente de sus hijos, la vida ahora quiere vivirla dedicada a la causa que abrazaron sus hijos; hace ya tiempo que Alaíde empezó a desprenderse de su vida anterior, cuando le robaron su coche en el estacionamiento de Filosofía y Letras no pareció importarle. Es cierto, manejaba muy mal; era muy despistada, sus hijos le hacían burla porque perdía no sólo la pluma fuente sino hasta las páginas de la conferencia que tenía que dar esa misma noche, y no se diga las llaves, los títulos de propiedad. O no veía el reloj que traía puesto y lo buscaba afanosamente. Hasta que dejó de buscarlo todo salvo esta vida espiritual honda, que la muerte de los bien amados le hizo cavar dentro de sí misma, ese silencio al que nadie llega y en el que se dialoga con el propio corazón.

Dices que es tarde,  
¿para qué?  
El tiempo no lo mide el sol  
ni se lo lleva el viento.  
Mira  
cómo lo gastan  
tus manos  
sin darse cuenta.

El día 19 de diciembre de 1980, un día antes de su regreso a México el auto es interceptado por agentes del grupo G2 del Ejército de Guatemala, en pleno centro de la ciudad. Desde ese día Alaíde desaparece. Quién sabe a dónde se la llevaron quién sabe por qué.

A partir de ese momento, sus amigos se movilizan en México. Manifestaciones, mítines frente a la Embajada de Guatemala, visitas a funcionarios, programas de televisión, protestas en los diarios y el periódico *uno más uno* publica a partir de la fecha de su desaparición un desplegado cotidiano que más bien parece una jaculatoria: "Hoy hace 25 días, Alaíde Foppa desapareció en Guatemala. Hacemos responsable a ese gobierno por su vida." Y firma: "Comité Internacional por la vida de Alaíde Foppa."

Así se han ensartado los días, un día más sin Alaíde, un día más sobre un montón de días, un día más como una paletada de tierra sobre una situación atroz, intolerable. El día en que el escueto desplegado no aparezca lo extrañaremos o diremos: "Ya se acabó" o nos habremos acostumbrado tanto a él como a cualquier anuncio, el de los colchones América, por ejemplo, el de Dormimundo. Porque tal parece que en América Latina resulta más fácil convivir con la tragedia y la injusticia que con la libertad. Muy pronto nos familiarizamos con la desgracia y la integramos a nuestra vida cotidiana.

A los seis meses, todavía nada. En seis meses suceden muchas cosas. Un niño deja sus zapatos; hay que bajarle la bastilla a la falda de la niña que crece de la noche a la mañana. A otro le sale la muela del juicio. Los amantes se separan. Los amantes se unen. Unos nacen, otros mueren. En Guatemala, por ejemplo, desde que el general Romeo Lucas García asumió el poder en 1978, han muerto o desaparecido más de 5 mil hombres y mujeres según César Arias, representante de Amnistía Internacional, ese organismo que se dedica a apesadumbrar a la humanidad y a molestar a los gobiernos del mundo con su absurda insistencia en los derechos humanos. Sólo en el mes de marzo de 1981, para no ir más lejos, el número de víctimas fue de 339 según las *Noticias de Guatemala* que publica el Comité Mexicano de Solidaridad con el pueblo de Guatemala. Si antes la represión se ejercía en contra de los sectores rurales, los indígenas cuyos cadáveres eran lanzados a fosas comunes, ahora, y sobre todo desde la toma de la Embajada de España, en enero de 1980, la represión atañe a todos y el último en ser secuestrado el 11 de marzo de 1981, es el doctor Jorge Romero Emery, decano en funciones de la Facultad de Derecho, universitario digno, interceptado por ocho miembros de las bandas del ejército cuando se dirigía a la Universidad. Los cadáveres baleados aparecen quemados, con los ojos vendados y las manos atadas como en el caso de la ciudad de Escuintla, al sur del país, o se degüellan como en el de las ocho personas halladas en Chimaltenango.

Treinta y siete cadáveres son descubiertos en un barranco profundo situado en la cercanía de San Juan Comalapa a unos catorce kilómetros de la ciudad de Guatemala y muchos tienen alrededor del cuello, lazos que han sido apretados con trozos de madera como torniquetes. Su muerte se atribuye a estrangulación con el garrote. "Garrote vil" dirían en España. El gobierno de Romeo Lucas García se ha llevado a muchos por delante sin más protesta que la de nuestra impotencia.

El Congreso de Escritoras, celebrado en México del 3 al 6 de junio de 1981, ni siquiera pudo llevar el nombre de Alaíde Foppa, a pesar de que las organizadoras hablaron de su ausencia en el discurso de inauguración porque, según dijeron, peligraba la vida de las que tienen que regresar a su país de origen y nadie quiere nuevas desaparecidas, otras Alaídes Foppas en el continente. No pudimos rendirle a Alaíde poeta, a Alaíde mujer, a Alaíde trabajadora, a Alaíde madre de familia, a Alaíde amiga, a Alaíde fundadora de *fern*, a Alaíde crítica de arte, a Alaíde impulsora de vocaciones, a Alaíde defensora de las mujeres, a Alaíde feminista, ese mínimo homenaje. No pudimos o no supimos. Sería lógico pensar que ser feminista es integrarse a un contexto más amplio: el de la explotación de las mayorías; se pensaría también que ser escritor en países como el nuestro es darle voz a los que no la tienen. No supimos siquiera poner una manta en el muro tras el presidium a partir del primer día del Congreso: "De no estar desaparecida, Alaíde Foppa, participaría en este Congreso." U otra que anunciara: "IV Congreso Internacional de Escritoras: Alaíde Foppa." O un cartelón en el que se leyera con letras rojas: "Alaíde Foppa, estás con nosotras." ¿Sabemos en América Latina defendernos los unos a los otros? ¿Nos protegemos? ¿Nos tendemos la mano? ¿Nos amamos?

Vamos y venimos, sacamos nuestro pasaporte como Alaíde sacó el suyo cuando viajó a Guatemala a ver a su madre, nos lo sellan, le hacemos el juego a la vida, porque hay que seguir viviendo, carajo, hay que ser positivo ¿verdad? hay que estar del lado de la vida, ¿verdad? y en ese juego pasan los meses y un buen día cuando alguien menciona la desaparición como un hecho consumado contra el cual nada se puede, estamos en franca convalecencia. "Ya pasó, ni modo mano, ni modo manito, nos vemos en el Sanborn's, en el Vips, o dónde se te antoje, vamos a echarnos algo, yo tengo hambre", hay otros rollos que atender, cada noche nos brinda un nuevo acto cultural y político de solidaridad en el que se pasan charolas con copas de vino blanco, cada noche en México pode-

mos satisfacer nuestras buenas intenciones sin necesidad de irnos a la guerrilla, allí está la vida que irrumpe y gana la partida, la vida que ríe, la vida que tiene que seguir a toda costa, la vida en contra y a pesar de todo, la vida que todo lo neutraliza, la vida sepultura de la muerte, la vida fuerte, la vida a las carcajadas, frente a una mesa de café mientras a una mujer la interrogan y guarda silencio y calla y no da nombres y vuelven a interrogarla esta vez torturándola y de nuevo guarda silencio y en ese esfuerzo muere del corazón porque a los sesenta y siete años no se tiene tanto aguante, el cuerpo ya dio de sí, fueron cinco los hijos, batallas hubo, varias batallas, exilios, y soledad y otra vez a empezar de nuevo, a poner casa, cincuenta y cuatro casas a lo largo de la vida.

Cinco hijos tengo: cinco  
 como los dedos de mi mano,  
 como mis cinco sentidos,  
 como las cinco llagas.  
 Son míos  
 y no son míos: cada día  
 soy más de ellos, y ellos,  
 menos míos.

El día de la última plenaria del Congreso de Escritoras me enviaron al presidium un recado: "Se está desvirtuando la esencia del Congreso; creo que hay que parar en seco, la prensa nos puede acusar de ser únicamente foro político y no literario." Sí claro, el nuestro debía ser un Congreso de Literatura sin conclusiones ni protesta ni petición a gobierno alguno. No hay que confundir; el temario académico se estableció con mucha anticipación y en un continente como el nuestro no hay por qué hablar de hambre ni de analfabetismo ni de secuestros o desapariciones, ni de revolución, Dios mío, ya estuvo bueno de tanta retórica de la muerte.

Guardé el papelito sin firma con la letra redonda y negra, muy clara, muy firme. En el Congreso nadie preguntó si Alaíde tenía los ojos verdes o cafés, si luchaba por causa alguna, si sonreía con frecuencia, cómo era su poesía. ¿Para qué? Allí estaban los carteles con el dibujo de Fanny Rabel pegados a los muros. Eso nos bastó para tener la conciencia tranquila. Nadie turbó la paz de los sepulcros, ni una voz disonante, de veras nada. Las ponencias (de poner) se sucedieron, algunas las pusie-

ron en la mesa como huevos de oro, otras, huevos sin cascarón porque no les da el sol, textos y más textos sobre la obsesión de la obra perfecta. Todavía existen mujeres para quienes el arte, la literatura son terreno sagrado, un espacio intocado en el que ciertas cosas no se mencionan y yo me pregunto el porqué de la escritura femenina o masculina o como quieran llamarla cuando lo que importa es la vida-escritura o la escritura para la vida, me pregunto ¿de qué sirven nuestros pensamientos, la mano, la pluma y el papel si con ellos no defendemos a los que desaparecen, a los oprimidos, a los que luchan, a los torturados? Si hace seis meses se encontraba entre nosotros una mujer compañera, amiga, escritora que compartía la vida que todos seguimos llevando tranquilamente, resulta que ahora no podemos levantarnos y exigir que se nos diga qué le pasó a Alaíde Foppa, dónde y cómo está, qué delito ha cometido, quién la juzgó y si se le condenó que se nos condene también a nosotras porque vivimos como ella, trabajamos como ella y deseamos para América Latina lo mismo que ella desea. Mayakowsky escribió: "La partícula más mínima de cualquier hombre vale más que todo lo que he hecho y hago". En 1968, un deportista negro también dijo que ninguna Olimpiada valía lo que la vida de un solo estudiante. ¿Qué no podrían volver a integrarse todas las partículas mínimas de todos los que han sido despedazados?

Domingo 10 de Enero de 1982.

Confirmado: Alaíde Foppa fue asesinada.

Al mes de la desaparición de Alaíde, su hijo Mario, "una gente excepcional, la persona más inteligente que he conocido en mi vida" aclara Julio, su hermano, murió en un enfrentamiento con el ejército. Ninguno de los tres cadáveres han podido recuperarse. Yacen en alguna fosa común en Guatemala, su tierra, Guatemala, la tierra de otro gran exiliado, el más ilustre y entrañable que tenemos: don Luis Cardoza y Aragón, poeta.

Promesa  
Cierro los ojos  
en esta hora incierta,  
tan llena de tormentos,  
y oscuramente siento,  
alejada y misteriosa,  
la existencia

de no sé qué dicha futura:  
una promesa  
que florecerá un día  
bajo el dorado sol  
de una mañana  
más clara que las otras.

En ese mismo año de 1980, año de la desaparición de Alaíde, murieron Erich Fromm quien vivió entre nosotros en Cuernavaca, Jean Paul Sartre, Roland Barthes, Romain Gary y otros hombres célebres. Alaíde no era célebre, ni tenía realmente los méritos suficientes para serlo según los cánones de los que edifican monumentos y lápidas para la posteridad, pero su desaparición la convierte en un símbolo, y de símbolos vive el hombre. Alaíde es el símbolo de la lucha de las mujeres latinoamericanas por la libertad, contra la infamia de la desaparición, apenas un pequeño colibrí, pájaro del amor, que las mujeres quichés bordan en su huipil en señal de duelo cuando sus hombres no vuelven de la guerra, de la cacería, o son, como hoy, asesinados en un campo de maíz, a traición y, se les calcina en una zanja como a los treinta nueve campesinos que se atrevieron a tomar, en señal de protesta, la sede de la Embajada de España.